

CALLEJEROS DE ESTOS AÑOS

Ricardo Fletes Corona
Universidad de Guadalajara

La llamada población de calle, o población en situación de calle, presenta hoy algunos cambios visibles, si miramos hacia atrás unos cuantos años. Muchas acciones hacia esta población se han realizado a lo largo y ancho de México desde el pasado, y en varias ciudades del país han quedado huellas de lo que se hizo. Sin embargo, hoy en día sigue existiendo este grupo social que nos recuerda la deuda que tenemos con ellos y, de entre ellos, principalmente con la infancia.

Una fecha que marcó la atención de la infancia en Jalisco fue el año 1810, pues se abrieron las puertas de La Casa de la Caridad y Misericordia de Guadalajara, impulsada por el obispo Cabañas, albergando a un contingente compuesto de quienes en ese tiempo se les denominaba ‘miserables’, ‘pobres’, ‘mendigos’, ‘viudas’, ‘huérfanos’, ‘vagabundos’, ‘ancianas’, ‘ancianos’, etc.; espacio que, luego del paso de la lucha independentista, reabrió como el Hospicio Cabañas;¹ es decir, dirigido a niñas y niños sin padres. Pero como la caridad es generosa, también abrió sus puertas a hijas e hijos de viudas, familias que por alguna enfermedad o pobreza no podían atender a sus criaturas; también recibieron a niños y niñas de familias con prole numerosa; se incluyeron algunos hijos de presos y a niños que, abandonados, deambulaban por las calles de la ciudad. Estos últimos son los que hoy se

¹ El majestuoso edificio dedicado a aquella población, en noviembre de 1980 se convirtió en el Instituto Cultural Cabañas, mientras que el hospicio trasladó su sede hacia el suroeste de la ciudad. En 1997, el edificio original del hospicio fue declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO.

denominan como parte de la población en situación de calle, la cual incluye niñas, niños, adolescentes, jóvenes, adultos y adultos mayores.

Pero, en la calle —hipotéticamente dedicada al tránsito— se desarrolla un mundo donde conviven, se pelean, coexisten, se solidarizan y se disputan ese espacio toda aquella población, así como, además, los transeúntes cotidianos de a pie, las personas en sus vehículos y otros actores sociales, entre los que se encuentran inspectores de los ayuntamientos, policías, vendedores informales de un innumerable mundo de productos, personas desempleadas, enfermos mentales abandonados, indigentes, transeúntes eventuales, trabajadoras y trabajadores sexuales (incluidos los de la población LGTBTTIQ+); a este contingente se suman algunos filántropos de manera individual, o bien gente que realiza su apostolado desde alguna organización religiosa, o bien quienes desde la sociedad civil organizada reivindican derechos o atienden alguna necesidad puntual, llevando comida, cobijo y cobijas, medicina y la palabra a ellas y ellos; también se ven por las calles algunas académicas tales como sociólogas, trabajadoras sociales, psicólogas, pedagogas y, cada vez menos, se ven educadoras y educadores de calle, también conocidos como promotores infantiles comunitarios,² entre otros. Por si fuera poco, a todos ellos se suma un actor que cada día cobra más relevancia por sus esfuerzos de apropiación de los espacios públicos, “La Plaza”, o sea, las personas pertenecientes a grupos que venden drogas.

La mirada aislada de niñas y niños de la calle es una abstracción de la realidad, un recorte forzado que no reconoce la complejidad de la interacción humana en estos espacios, donde ángeles y demonios se disputan a la ciudadanía de todas las edades.

Pero la población infantil, sobre todo a partir de la firma de la Convención Internacional de los Derechos del Niño³ (Convención, en adelante), empezó

² En la ciudad de Guadalajara, a inicios de la década de 1980, los niños y las pocas niñas que deambulaban por las calles, se referían a los educadores como “mairos”; tal vez como una manera coloquial de decirles maestros; cada vez menos se escucha ese mote, tal vez porque en esta década del 2020 hay menos educadores trabajando en las calles de la ciudad que los que había en los ochenta.

³ Firmada el año 1989 en la Asamblea General de las Naciones Unidas y ratificada por el Senado de la República mexicana a finales de 1990. Esto significó un cambio, obligado por la firma de la Convención, en la legislación nacional y las legislaciones estatales. En

a ser nombrada de otras formas. Así, a aquella población (y particularmente en la zona metropolitana de Guadalajara) se le conocía como menores callejeros o simplemente callejeros, niños de la calle, menores en situación especial (MESE), menores en circunstancias especialmente difíciles (MECED). Hacia finales de los años noventa se empezó a hablar de niños y niñas de la calle; niñas y niños en situación de riesgo; menores trabajadores urbano-marginales; niñas, niños y adolescentes en situación de calle; población callejera, para llegar a nombrarlos en los últimos años como población infantil en situación de calle.

Es importante destacar que al hablar sobre la población infantil en situación de calle se ha venido incorporando, paulatinamente, el discurso de derechos y de género. Aunque el discurso ha cambiado, las prácticas llevan un ritmo más lento de transformación, de ahí que encontremos a instituciones de todo tipo (a través de sus trabajadores) repartiendo comida, u otorgando despensas con el discurso de restitución de derechos, pero esos actos aislados se parecen tanto al asistencialismo paternalista del siglo pasado que es difícil hablar de una práctica con perspectiva de derechos.

De ahí que uno de los principios de la Convención, a saber, el interés superior de la infancia como eje normativo y presupuestal de las políticas públicas, está alejado de las prácticas cotidianas del común de la gente y, desafortunadamente, también de las instituciones y funcionarios encargados del cumplimiento de los derechos de niñas, niños y adolescentes. No se entiende aún que la Convención significa un cambio de paradigma respecto al trabajo con esta población, pues se trata de abordarlos como sujetos plenos de derecho, no como objetos de una asistencia paternalista que contribuye a crear dependencia y, al mismo tiempo, ofende la dignidad humana.

A fin de ofrecer al lector un panorama más concreto que lo dicho en líneas anteriores, presentaré algunas experiencias (ocurridas entre el año 1999 y hasta fechas recientes) recogidas en la ciudad de Guadalajara y en puntos de la zona metropolitana que la conforman, así como un par de observaciones realizadas en Río de Janeiro, Brasil, con el fin de resaltar algunas características de la población infantil en situación de calle actual.

Jalisco fue en el año 2003 cuando se promulgó y se publicó en el Diario Oficial del Estado de Jalisco, la Ley de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes en el Estado de Jalisco. Pero cuyo cumplimiento es sumamente laxo.

YA HABÍA POBLACIÓN MIGRANTE NACIONAL;
HOY SE HA INCREMENTADO Y TRANSNACIONALIZADO

Doña Mari ya había puesto a calentar una olla con agua; se había levantado y salió del cuarto, donde pasó la noche, a comprar los ingredientes para preparar un café para los niños. Aquella olla de aluminio estaba abollada, percutida, sin una de las dos “orejas” que originalmente tuvo en algún tiempo. En fin, el agua se estaba calentando en esa maltrecha olla que, sobre unas piedras y con palos encendidos a manera de leña, sería el primer alimento de un grupo de niños. Llegó doña Mari, nos saludamos; “se levantó temprano”, le dije; “no”, respondió, “apenas me acabo de levantar, puse el agua y salí a la tiendita a comprar café y algunos bolillos”. “Mire, doña Mari, traje unos panes”, dije al tiempo que le entregaba una bolsa. “Ay”, respondió, “están bien grandotes, ¡se van a dar una atragantada los chiquillos!”.⁴

Este encuentro se dio a las 8:30 de la mañana, en una casa abandonada de mediados del siglo xx, cerca del centro de la ciudad de Guadalajara. Doña Mari venía acompañada de dos niños y una niña; el mayor tenía 11 años, el que le seguía nueve años y la niña, ocho. Provenían del estado de Hidalgo, eran de la etnia Otomí, según me dijo, habían llegado la mañana del día anterior y, al bajarse del autobús, salieron a la calle a pedir dinero, conseguir algo que comer y a ver dónde se quedaban a dormir, antes de seguir su camino.

Con las primeras monedas que consiguieron se trasladaron en camión hasta el centro de la ciudad, donde anduvieron pidiendo alguna moneda y comida; ahí alguna persona “de calle” les preguntó dónde iban a dormir, la respuesta fue que no sabían, entonces les indicó que había una casota abandonada con cuartos libres y que ahí “no había pedo” que se quedara a dormir con sus chiquillos. Doña Mari se dejó conducir por ese “señor joven que se veía sucio, pero buena gente; nos acompañó aquí y sí vi que me podía quedar con mis niños”.⁵ “Había otros chamacos más grandecitos y uno como de la edad de mi hijo, así tuve la confianza y nos regalaron unos cartones y nos dijeron que nos podíamos dormir en un cuarto solo para nosotros, y por

⁴ Notas de campo. Guadalajara, Jalisco. Febrero de 1999.

⁵ *Ídem*. El “señor joven” al que se refiere la señora Mari, era un usuario habitual de la casa abandonada que, al verla pidiendo comida, le compartió un medio pollo que le habían dado a él.

eso me quedé aquí; pos no teníamos onde llegar, ni dinerito así para rentar un cuartito. Mis niños están ahí y también se nos acercaron dos ya en la noche y me dijeron que si podían quedarse ahí. Pos los vi solitos y cómo decirles no, ahí están dormiditos. Ahora ya no tengo tres, ya tengo cinco chiquillos, je”.⁶

Me asomé al cuarto y, en efecto, había cuatro niños y una niña dormidos en el suelo, sobre cartones y cubiertos con unas cobijas raídas que algo protegían de la temperatura, que no era muy baja. De esos niños, tres eran de doña Mari y los otros dos eran de aquellos que solían llegar a dormir en esa casa abandonada. Por esa noche habían dormido cerca de doña Mari y sus niños.⁷

Estamos hablando de una señora del grupo étnico Otomí, procedente del centro de México, con dos niños y una niña, que se dirigía a Tijuana a buscar a su marido (eso me dijo), pues ya tenía como dos meses que no le había mandado noticias, ni llamado y ella decidió ir a Tijuana a buscarlo.

Doña Mari me contó que no le daba miedo andar sola con sus hijos en camiones, que todos ellos ya anteriormente habían viajado a vender artesanías y que iban a varios estados vecinos de Hidalgo y que más o menos sabía cómo moverse, que a veces habían ido a la ciudad de México. Pero ahora era diferente, no estaba viajando acompañada con su marido ni llevaba artesanías para vender y, además, iba con sus tres hijos, sin dinero para pagar comida, transporte, hospedaje ni cosas cotidianas para vivir.

Le pregunté a doña Mari cómo le iba a hacer para encontrar a su marido en Tijuana, pues no era una ciudad pequeña. Me dijo que ella lo iba a encontrar, que no era la primera vez que se le salía de la casa. Además, le había pedido a la Virgen (dijo “virgencita”) de Guadalupe que le ayudara a encontrarlo y que le tenía fe y que se iba a ir de rodillas todo el atrio de la basílica cuando lo encontrara.⁸

⁶ *Ídem.*

⁷ Imagine el lector lo que significó para los dos niños haber encontrado y dormido con una figura materna. Al menos por una noche.

⁸ Por cierto, hacia septiembre de ese mismo año, 1999, me encontré con el hijo mayor de doña Mari. Se había venido solo a Guadalajara (así inician algunos niños su salida a las calles), deambuló un tiempo por aquí y entró en contacto con personal del DIF Jalisco y estos gestionaron recursos para enviarlo en camión a la ciudad de Pachuca, allá lo recogerían trabajadoras sociales del DIF Hidalgo, para entregarlo a su mamá.

Hoy en día, por las calles de la ciudad de Guadalajara se puede observar población migrante Otomí, algunos de ellos asentados en espacios irregulares, como la colonia Ferrocarril. Otras personas de otros grupos étnicos también siguen llegando y tienen (o tenían) a la ciudad de Guadalajara como lugar de tránsito, pero desde noviembre de 2021 (luego de que la pandemia de Covid-19 empezaba a ceder) ha sido visible la llegada de grupos de gente de etnias del estado de Chiapas que tienden a quedarse más tiempo. A finales del año 2023, el grupo que llegó, de esta misma gente del sur del país, fue más numeroso (he contado recientemente más de 140 en distintos puntos de las avenidas de la ciudad); dicen algunos de ellos que son Tzeltales. En años anteriores, este grupo solía venir desde inicio de diciembre a Guadalajara (con motivo de las fiestas navideñas) y, después del día 25 de ese mes, se iban hacia algunas ciudades de Michoacán o a ciudad de México, ya que allá se celebra a los Reyes Magos y “la gente allá nos ayuda, son buenos y nos dan nuestros reyes; ya luego vamos a nuestro pueblo, ya con cosa pa’vivir, así regalitos, juguetes, dinero”.⁹ Pero en esta ocasión varios de ellos no siguieron su “circuito”, algunos migrantes de Chiapas se quedaron todo el mes de diciembre y enero; pocos se fueron y otros más llegaron en febrero. Durante el mes de mayo de 2024 aún se les podía ver por el área metropolitana de Guadalajara. Un señor de Chiapas me dijo: “Pos sí, ahora sí venimos más de nuestra tierra pa’acá, allá no hay lo que sembrar, que cosechar, hay gente mala, y mejor venimos a trabajar pa’acá, a ver qué hallamos de trabajito pues; la gente es buena aquí, nos dan cosas, dinero, comida y ahí la vamos pasando y juntando algo; ya luego vamos regresar; queremos llegar pa’la siembra”.¹⁰

Lo anterior ejemplifica cómo se va generando una especie de circuito de migración interestatal, el cual se convierte en toda una estrategia de sobrevivencia familiar. Pero de ser estacional, al parecer ahora se está tornando permanente. Este señor venía en grupo; otro adulto joven, tres mujeres, dos

⁹ Notas de campo, noviembre de 2023. Guadalajara, Av. Federalismo y calle Reforma. He modificado el texto del discurso para fines de exposición, respetando el discurso original.

¹⁰ Notas de campo. Sr. Santiago, febrero de 2024. Cruce de Periférico Norte con Av. Santa Margarita, municipio de Zapopan, Jalisco. Durante el tiempo que permanecí ahí, pude observar cómo algunos automovilistas les daban dinero, fruta, agua. Mientras que otros no abrían sus ventanillas; unos más les pitaban y les “aventaban” el auto para que se hicieran a un lado de la avenida.

maduras y una joven con un niño en brazos (en rebozo); además, había tres niños y cinco niñas de edades variadas, estimo que de dos a 12 años de edad.

En octubre del año 2023, en una avenida al poniente de la ciudad, en el municipio de Zapopan, Jalisco, estaba un señor que se bajó de un auto hablando con voz fuerte a una persona de origen haitiano que estaba pidiendo dinero en ese punto. Alcancé a escuchar: “Pinchi negro vete a tu país, allá que te ayude tu gobierno; vas a manchar la calle; te van a atropellar, no te ves bien, no te distingues del color de la calle!”.¹¹ Esperé a que se acercara a su auto y lo confronté diciéndole que me parecía que no tenía por qué gritarle ni por qué decirle lo que le estaba diciendo. “No pues que se largue, aquí nos está quitando aire, aquí también tenemos gente jodida, que vaya a su tierra; además, pinche negro ¿qué hace aquí!?” , continuó, al tiempo que se subía a su auto, y agregó: “Pues si usted los defiende, lléveselo a su casa, nomás tenga cuidado no le vaya a manchar sus sábanas. Jaaa”. Arrancó su auto irónicamente color negro, marca Mazda, avanzó a toda velocidad, el auto tenía placas de Jalisco. Era una persona de alrededor de 30-35 años de edad, tez blanca, robusto, de estatura 1.70 metros. Me escuchó pero no dialogamos, traté de hacer contacto visual con él, apenas volteó a mirarme, en un momento cruzamos las miradas, pero no sostuvo el contacto.

Después fui hacia la persona a la que le había gritado. Le ofrecí una botella de agua. Le dije que no hiciera caso de la persona que se había dirigido a él. Lo noté inquieto, en un balbuceante español me dio las gracias; al mismo tiempo miró hacia el camellón de la avenida. Ahí estaban, sentadas sobre el césped, su esposa y una niña. Le dije que le llevaría otra botella de agua a la señora. “Mi esposa, mi hija”,¹² dijo. Me acerqué a ellas y les dejé el agua. El esposo, un joven de unos 22 años de edad, vino tras de mí. Ahí me dijo que eran de Haití, que iban para Estados Unidos, que la gente les daba ayuda aquí, pero que no se iban a quedar, que iban a tomar el tren pero que le dijeron que no, que mejor juntaran dinero y se fueran a Tijuana¹³ en autobús. Que unos señores jóvenes de una organización (se refería a una

¹¹ Notas de campo, octubre de 2023. Avenida Valdepeñas, casi con Avenida Torremolinos. Zapopan, Jalisco.

¹² *Ídem.*

¹³ De nuevo aparece Tijuana, primero con la señora Mari, migrante nacional; ahora con este haitiano y su pequeña familia, que van rumbo al norte.

asociación civil llamada *FM4 paso libre* que, en efecto, trabaja con migrantes nacionales y extranjeros, y tiene su sede en la ciudad de Guadalajara),¹⁴ les iba a ayudar con papeles y con transporte, pero que ellos estaban pidiendo dinero para llevar algo más, pues les habían dicho que el camino era largo.

Como se puede observar en este breve ejemplo, el racismo y el clasismo hacia personas migrantes internacionales están presentes entre nuestros ciudadanos. Una situación vergonzosa, pero real.

También por esta ciudad de Guadalajara, ruta occidental hacia el norte de México, por cuyo territorio pasa el ferrocarril de carga conocido como “La Bestia”, suelen transitar rumbo a Estados Unidos en busca de asilo o de trabajo, personas de todas las edades, tanto de nuestro país como de varios países centroamericanos y aún del sur del continente; algunos se quedan por aquí algún tiempo, generalmente breve. Hombres y mujeres, la mayoría jóvenes, algunos adolescentes, niños, madres embarazadas. Por eso, hoy en día, no es extraño encontrarse en las calles a niños, niñas, adolescentes y jóvenes, migrantes nacionales e internacionales, que por algún tiempo o permanentemente se integran al contingente de población en situación de calle de la zona metropolitana de Guadalajara.

Al igual que en otras ciudades y países, la población migrante nacional y extranjera es causa de controversia y discusión. Entre los habitantes de esta zona metropolitana también es motivo de altercados verbales por la presencia de aquella población. Sin embargo, no parece que exista de manera clara y específica algún programa gubernamental (no se ve, no se percibe en las calles) dirigido al público en general para tratar de contrarrestar las actitudes clasistas, prejuiciosas y discriminatorias que se evidencian en los párrafos anteriores, a pesar de que ha habido demandas concretas como las expuestas en la Declaración de Guadalajara, pero sobre todo que es parte de la Convención y de la Ley General de Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes, así como de la ley estatal en este mismo sentido. Y vale la pena destacar que entre funcionarios gubernamentales que trabajan con población en situación de calle he escuchado el siguiente argumento para retirarlos de calles, avenidas y espacios públicos: “Es que afean mucho la

¹⁴ Se puede consultar su dirección electrónica: <https://fm4pasolibre.org>.

ciudad. Sí, hay que quitarlos, pero son como chicles pegados en la calle, sucios, feos, pegajosos, bien difíciles de quitar”.¹⁵ Los procesos de elección y selección de funcionarios para trabajar con población de calle deberían estar atentos a expresiones como las anteriores, no es posible que mandos medios de programas gubernamentales posean tales narrativas discriminatorias y prejuiciosas.

El 4 de noviembre de 2011, se llevó a cabo en Guadalajara el V Foro Nacional sobre Derecho a la Ciudad de Poblaciones Callejeras; uno de los resultados del foro consistió en que once organizaciones de la sociedad civil del país y universidades locales, así como investigadores independientes y ciudadanos, firmaron y publicaron la Declaración de Guadalajara, la cual en su punto cuatro dice:

La existencia de poblaciones callejeras demanda a las sociedades contemporáneas reconocer que son expresiones de la desigualdad económica y social [...] Es por ello necesario desarrollar estrategias sustentadas en el principio rector de No Discriminación, para sensibilizar a la sociedad, a los líderes de opinión y funcionarios públicos de todo nivel, para el tratamiento adecuado de este fenómeno social, superando las falsas creencias y estereotipos negativos que sustentan la discriminación, la violencia y las acciones de limpieza social.

La anterior declaración se suma al conjunto de acciones que, sobre todo desde la sociedad civil y la academia, se han llevado a cabo para tratar de impulsar, en parte, una perspectiva de derechos de infancia en las políticas públicas;¹⁶ al mismo tiempo que los derechos de la Convención se difundan de la manera más amplia posible entre funcionarios gubernamentales y entre la sociedad civil. A 35 años de la Convención, faltan muchos pendientes para que el interés superior de la infancia se vea proyectado entre las y los ciudadanos y que llegue a las calles de nuestras ciudades.

¹⁵ Notas de campo, diciembre de 2022. Reunión de Sipinna.

¹⁶ Un documento, por demás importante en este sentido, fue *Derechos de las poblaciones callejeras. Capítulo 31 del Diagnóstico de Derechos Humanos del Distrito Federal. México*. Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal/El Caracol /Commenta, 2008. Por otra parte, múltiples pronunciamientos los hace de manera cotidiana la Redim (Red Mexicana por los Derechos de la Infancia en México) a través de los medios y en su página: www.derechosinfancia.org.mx.

CALLEJEROS, CALLEJEROTES Y NUEVOS ACTORES

La población infantil en situación de calle sigue existiendo, pero ahora ha aumentado la diversidad de actores sociales y, entre ellos, se reconocen diferencias. “Nel profe aquí vengo a trabajar, aquí es mi jale; si quiere pinche jale madreado, pero de aquí mero sale pa’la papa y pa’vivir. He tenido otros jales, este está chido. Sí trabajo aquí en la calle, pero no soy callejerote como otros bueyes que acá andan bien jodidos y drogas de a diario. Sí le pongo, usted sabe, pero soy tranquilo, sin pedos”.¹⁷ En efecto, cuando uno los aborda, generalmente dicen: “Estoy aquí en el jale, en la chamba”. La calle es su espacio de trabajo.

En esa ocasión estábamos con un grupo de cuatro personas, de ellas al del testimonio lo identifiqué como líder y aproveché para preguntar a los demás si opinaban que trabajar ahí en la esquina era un trabajo. La respuesta fue unánime: “Sí, a huevo. Es un jale como todos, horario, uniforme, hasta tenemos jefe —se referían al del primer testimonio—. Sí, si no llegas un día te puede castigar otro día o medio día, tienes que cuidar el jale, si no lo pierdes y otro buey puede agarrar tu lugar. Si aquí nos pagan, aquí está la chamba, el jale pues, profe”.¹⁸

En el mismo sentido, un adolescente de 15 años me dijo: “Aquí estamos, de aquí vivimos, la gente nos mira sabe cómo, en veces como perritos, con lástima, otras como si fuéramos rateros o chamucos, nos ven con miedo, otros así con coraje. Somos gente, trabajamos, aquí venimos a trabajar, no le hacemos daño a nadie”.¹⁹

Como refiere Pérez sobre la gente y el terreno de la calle, en estos espacios, y en la interacción con los otros, sus pares, es que se construye la identidad del callejero y sus características, sus estrategias de sobrevivencia, su identidad. Sus vínculos, entre ellos y con la calle, son tanto reales como simbólicos.²⁰

¹⁷ Notas de campo, 11 de noviembre de 2023. Joven de 20 años de edad, con al menos cuatro de estar trabajando en la calle.

¹⁸ Notas de campo, 11 de noviembre de 2023. Los testimonios corresponden a tres personas de entre 15 y 17 años de edad.

¹⁹ Notas de campo. Noviembre de 2023. Adolescente de 15 años de edad. Dos años de trabajo en calle. Av. Javier Mina y Calzada Independencia. Guadalajara.

²⁰ Ruth Pérez López, *Vivir y sobrevivir en la ciudad de México*, México, Plaza y Valdés, 2012, pp. 222-229.

Pero no todo es tranquilidad relativa en el mundo de la calle. Eran las seis de la tarde, cinco adolescentes y jóvenes, entre 15 y 23 años de edad, conversábamos en un jardín público cercano al centro de la ciudad de Guadalajara. Se trata de un grupo de personas que trabajan limpiando parabrisas o vendiendo mazapanes y otros dulces a los transeúntes o a los conductores de autos. Conocí a dos de ellos desde hace algunos años a la fecha de estar conversando (octubre de 2023), los otros tres son nuevos, aun cuando ya tenían más de un año trabajando en distintos puntos de la ciudad. Digamos que son “población en situación de calle”, ya que han roto sus vínculos familiares, suelen dormir en algunos cuartos de hoteles baratos o cuartos de vecindad, los cuales generalmente rentan por día,²¹ o por semana; salen a trabajar todos los días y su modo de vida es el trabajo en las esquinas de algunas de las calles del centro de la ciudad. Por cierto, ellos dicen que son “sus esquinas”: “Sí, aquí es nuestro jale, desde hace un buen rato aquí jalamos y antes jalaban aquí compas y ellos nos dejaron el punto y ahora nosotros lo trabajamos; aquí es nuestra ‘oficina’, jaaa”.²²

Estábamos platicando mientras hacían un descanso en su labor como limpiaparabrisas, repentinamente se apareció un joven de alrededor de 20 años, delgado, moreno, pelo corto y bien cortado, camiseta y sobre la camiseta una camisa desabrochada, pantalón de mezclilla, tenis blancos de marca Nike, con algunos tatuajes visibles en brazos y manos. Este joven, dirigiéndose a mí, dijo: “Órale profe ¿nos da chanza?”. En un primer momento supuse que quería pasar, le respondí “sí, pásale no hay bronca”. No se movió, se colocó de pie frente a mí y me dijo, al tiempo que movía su mano como “invitándome” a que circulara o a que me retirara, “no profe, dennos chance”. Al mirar rápidamente la expresión que reflejaba el rostro de la mayoría de los jóvenes con los que estaba conversando, me di cuenta que se trataba de alguien que tenía autoridad (ellos mostraban una cara de preocupación, bajaban la mirada y se mostraron inquietos). De inmediato respondí: “Sí, ya me iba, ya nos íbamos, así que no hay problema”. Me dirigí

²¹ La ventaja de rentar por día, dicen, es que si te agarra la noche lejos del hotel o si andan en fiestas o drogándose, se pueden quedar a dormir en la calle o en el parque, o bajo un puente “de a perrazo” (en el suelo) y así se ahorran el pago de una o más noches.

²² Notas de campo, octubre de 2023. Guadalajara, Av. Federalismo y Av. Juárez.

a los jóvenes con los que estaba y dije: “Bueno, nos vemos otro día, ¿sale?”. Ellos respondieron rápidamente y de distinta manera: “Sí, vamos a jalar; órales, nos vemos; ora huevones a chingarle”. Algunos se reían mientras se retiraban. Nos despedimos chocando las manos.

Ya solo y con esa “invitación”, me disponía a caminar cuando el joven que me había pedido que me “abriera”, me dijo a la vez que tocaba el hombro con su mano: “Profe, ¿no hay pedo, verdad?”, miré hacia él y discretamente se levantó la camiseta y pude ver la cacha de una pistola que traía al cinto. “Sí, no hay bronca; nos vemos”,²³ respondí. También me despedí de él chocando las manos. Se sonrió y me hizo la seña con el puño y el dedo pulgar hacia arriba.

Ahora un nuevo actor social ha venido a insertarse en el mundo de la calle y, con ello, a reconfigurar el andar en la calle, estar en la calle, jalar en la calle, trabajar en ese espacio. Se trata generalmente de jóvenes que trabajan para “La Plaza”; pocas ocasiones refieren de qué grupo forman parte, no suelen decir a cuál cártel pertenecen. Tampoco les he preguntado. Al hablar con los jóvenes y adultos “callejeros”, y preguntarles cuál cártel es el que controla la esquina o el espacio de trabajo dicen: “¿Para qué quiere saber? Mejor ni preguntar, a mí no me importa y mejor ni pregunto; ellos quieren nuestros espacios, bueno, no los quieren, quieren que nosotros les vendamos sus chingaderas —drogas— y pos, eso no edá (sic), eso no está bien, la gente se jode con eso y no está bien, pero ¿cómo nos zafamos? “Tá cabrón, ¿edá? Nos agarra lo poli y ¿quién se chinga? Nosotros y si pides un paro con esos compas de “La Plaza”, ya valiste verga, te hacen el paro y tienes que trabajar para ellos, usté póngase trucha profe”.²⁴

Otro joven me comentó sobre este nuevo actor: “Sí está bien cabrón profe, bien caliente aquí, pero también arriba de la calzada, no pus por todos lados. Y luego los polis se hacen que la virgen les habla, ya sabe profe, plata o plomo. Aquí, si usté quiere droga, la consigue y ellos —los policías— disque que no saben nada, noooo pos ¿cómo? Yo le hago al loco, no me meto, les digo que soy rependejo pa’hacer cuentas, pa’vender, pero sabe cuánto

²³ *Ídem.*

²⁴ Notas de campo, 18 de diciembre de 2023. Centro de la ciudad de Guadalajara. Persona de calle, aproximadamente 23 años —eso refirió—, con siete años de trabajar en la calle.

aguante. Luego te dan una calentada y ya, por eso cuando me preguntan que si viste a quién o quién anda tirando droga, les digo”.²⁵

Los dos testimonios y el anterior evento referido ofrecen una idea clara del nuevo actor, tiene presencia e infunde temor entre la población en situación de calle; conoce a otros que llegan a sus espacios (¿de qué manera supo que yo era profesor? Alguno de los adolescentes y jóvenes con los que converso le pudo haber informado). La población en situación de calle continúa desempeñando sus actividades tratando de no involucrarse o involucrarse lo menos posible con ellos, o bien, hacer como que no están por ahí, pero ellos mismos saben que no pueden durar mucho tiempo así de “neutrales”, los presionan para distribuir droga, para obtener información, y la violencia física es un método de persuasión.

Apenas hace unos cinco años atrás la situación era un poco diferente, pero ya se veía venir la situación actual. Al estar conversando con un grupo de nueve adolescentes y jóvenes sobre violencia, policía y drogas en las calles, el tema desató una entusiasta respuesta: “Neta, siempre ha habido droga y la policía es la que se mancha —dijo uno y siguió la respuesta—, sí, putos tiras ¡son manchados de a verga! ¡Que se mueran los putos cerdos! Neta, sería chido sin esos cabrones, habría menos violencia”. Entonces, les pregunté qué pasaría con las drogas— Continuaron: “No güey ¡mames! Imagínate sin ley, puta, sería el puro puto desmadre, ¡güey!”; “A la verga, neta, acá todos bien manchados, correría la droga así, güey, de a madres. Los putos que tiran droga matándose para vendernos mierda”; “no, güey, si así ya no nos aguantan ni en el *home*”; “neta güey, las jefas estarían encabronadas”; “neta, los jefes de putiza en putiza nos traerían, y al puto anexo pa’ que se componga mijo, jaa”.²⁶

Ahora los que tiran droga son los de “La Palza”. Y ese pequeño fragmento de discurso de un joven hace ver que aquellos antes se peleaban para vender las drogas a los jóvenes. Ahora “convencen” a los jóvenes para que ellos la distribuyan, la vendan. La violencia se ejerce ahora también por “La Plaza”, dependiendo si los adolescentes y jóvenes acceden a lo que les soliciten.

²⁵ *Ídem.* Persona de calle, de 19 años, con cinco años de trabajar en la calle.

²⁶ Notas de campo, 17 de mayo de 2019. Grupo de ocho personas de calle, jóvenes entre 15 y 21 años. Oriente de la ciudad de Guadalajara. Los testimonios son las voces de ellos, al mismo tiempo.

La presencia de “La Plaza” está en casi todos espacios en los que trabaja la población callejera. He escuchado a trabajadoras sexuales que ejercen en la vía pública, decir que antes tenías que tener un padrote para poder trabajar, pero ahora no tienes padrote, “ahora tienes que ayudarles con sus polvos a los de ‘La Plaza’, si no, no te dejan trabajar”.

Respecto a las adolescentes y jóvenes mujeres en situación de calle, se insiste en que su número se ha reducido. En realidad, no se tiene ningún conteo preciso de esta población infantil femenina, como para hablar de aumento o disminución. Lo que encontré en 2014, durante una estancia corta en Río de Janeiro, Brasil, fue que grupos de adolescentes mujeres que antes deambulaban por las calles de aquella ciudad estaban utilizando los cibercafés para establecer contacto con adultos hombres que les daban dinero a través de depósitos electrónicos. A través de las cámaras de las computadoras del cibercafé, iban mostrando parte de sus cuerpos, en la medida que el usuario del otro lado de la pantalla les iba depositando dinero a la cuenta que la adolescente le proporcionaba. En cuanto se veía reflejado en el teléfono que el dinero caía en la cuenta de la adolescente, esta mostraba la parte acordada. Se trata de una forma de explotación sexual virtual, por la cual las adolescentes reciben un pago. Pero, hoy en día, los llamados teléfonos inteligentes permiten prescindir de los cibercafés.²⁷ Este fenómeno no lo he detectado en la zona metropolitana de Guadalajara. Los medios electrónicos los utilizan las adolescentes para acordar citas con algunos hombres, en espacios públicos y en moteles de la ciudad, previo acuerdo vía mensaje mediante teléfono. Desconozco cuál es el mecanismo para pasarse las cuentas, pero una modalidad para establecer

²⁷ Notas de campo. Río de Janeiro. Septiembre de 2014. Zona de Copacabana. Av. Prado Júnior y Av. Nossa Senhora de Copacabana. Mientras lloviznaba entré a un cibercafé y aproveché para revisar mi correo. De pronto me llamó la atención un grupo de tres adolescentes que estaba en el ciber hablando en voz alta. Así pude observar cómo una de ellas se quitaba la blusa y mostraba su cuerpo frente a la pantalla de la computadora. Al observar que estaba mirando, una de las adolescentes se acercó riendo y me dijo que tenía que pagar pues yo también estaba mirando. Le dije que solamente había visto la espalda de su amiga. Opté por comprarles una lata de refresco a cada una. Al retirarme, me dijo el encargado del cibercafé que él no tenía nada que ver con ese negocio que traían las niñas (él dijo “*meninas*”).

citas entre adolescentes mujeres y hombres de todas edades es mediante los teléfonos celulares.

Todo un mundo desconocido se abre y se suma ante estas nuevas modalidades electrónicas de contacto entre adolescentes y jóvenes mujeres en situación de calle.

PARA CERRAR

La llamada población infantil en situación de calle es una especie de barómetro que permite mirar la presión que existe en la sociedad. Ahí llegan las nuevas drogas, los perversos y enfermos que tienen poder de persuasión y, por convencimiento mediante recursos económicos o la violencia, tratan de conseguir sus fines. La amplitud y la diversidad de interacciones entre los distintos actores sociales en el mundo de la calle, a las que se suma la tecnología, complejizan la problemática social, así como las acciones de quienes desean atenderlos.

Esta población también detecta rápidamente los espacios abandonados para ocuparlos, como lotes baldíos, casas y edificios vacíos. También identifica vecindades que cobran poco, hoteles baratos y permisivos, espacios en las calles de la ciudad que son más seguros para pasar la noche, desde luego, dependiendo de la temporada del año. Los albergues públicos o privados son, para la mayoría de los habitantes de calle, la última opción. La vida al cien por ciento en la calle, los callejerotes (como entre ellos los nombran), hoy es casi exclusiva de los indigentes.

De igual manera, las críticas clasistas, prejuicios y múltiples formas de discriminación expresadas hacia esta población nos pueden ayudar a revelar la tensión que existe en la sociedad, así como observar a los nuevos actores sociales que se van incorporando al universo de la calle. Trabajar sobre esos prejuicios y estar conscientes de los nuevos actores sociales en las calles, es indispensable para saber qué vamos a enfrentar.

Lo que tenemos en las narraciones de la señora Mari —quien es parte de la población migrante del centro de México, a la que se suma la población migrante de Chiapas y, en los últimos años, la población centroamericana y del Caribe—, así como la experiencia con los jóvenes en espacios públicos, en donde la presencia de la venta de drogas por grupos de la delincuencia organizada, sumado a la imprecisión en el conteo de esta población, nos

puede dar una idea aproximada de los actores sociales que deambulan, usan y se tratan de apropiarse de estos espacios públicos, calles, plazas y parques de la ciudad en busca de su sustento cotidiano.

Así, tenemos población de origen étnico, al menos Otomí, Tzeltal, Wixárica, Náhuatl, Purépecha, haitiana, que viene, pasa y algunos se quedan en la zona metropolitana de Guadalajara, como parte de una estrategia de sobrevivencia; realizan trabajos informales y en la vía pública (mayoritariamente); comparten y se disputan las calles y ciertos espacios públicos para vender sus productos o para ofrecer sus servicios, con población nativa de esta zona metropolitana.²⁸

Me parece que lo que hoy priva, por parte de los programas gubernamentales y no gubernamentales que atienden a esta población, es la carencia de un panorama general del mundo de la calle, de su complejidad y, ahora, de los riesgos del trabajo en calle. Es urgente, si se quiere atender y entender a las personas que utilizan la calle y en suma los espacios públicos como parte de sus estrategias de sobrevivencia, que se profundice en el conocimiento del conjunto de las características de esta población, de las personas en condición de calle,²⁹ sobre los nuevos actores (delincuencia organizada), los migrantes transnacionales; el escaso trabajo de calle (poca presencia y

²⁸ Existe una regla no escrita pero practicada entre los habitantes de las calles de la ciudad. No debe haber peleas en las calles, en las esquinas donde se trabaja. Si hay “bronca”, que sea lo más alejado posible de esos espacios, pues son buenos puntos para ofrecer servicios y para vender productos. No hay que “quemar” los buenos puntos. “Es que si se arma la bronca aquí, aquí, vale verga, se quema el lugar del jale, luego viene la poli y nos abren, quesque porque alteramos el orden, ¿cuál orden? Esto es un desmadre, ¿no? Pero le entendemos a la autoridad, ellos quieren que todo sea tranquilo, ‘tá bien, todo tranquilo” (notas de campo. Joven de 20 años; al menos tres años trabajando en la calle, limpiaparabrisas, 18 de diciembre de 2023).

²⁹ Estoy hablando de tiempo de estar en la calle, si consumen o no drogas y desde cuándo, si mantienen o no lazos familiares, dónde viven actualmente, de qué lugar son originarios, cuánto tiempo tienen en la ciudad, su grado de estudio, si tienen identificación, etc. No estoy hablando acerca del conocimiento de las violencias que ha recibido, si ha perdido a alguno de sus padres o ambos, cuáles son sus temores, sus pérdidas, etc., pues ello nos permitiría establecer un mejor contacto intersubjetivo, no para establecer una relación terapéutica, sino para entender su negativa a contarnos de su pasado o de él o ella misma, y así realizar un mejor acercamiento, con empatía, con solidaridad y con un honesto deseo de conocer a la persona con la que se está interactuando. Así se puede establecer mejor una relación de confianza y llegar a acuerdos y compromisos mutuos. Me parece que esa es una manera de trabajar mejor, más sana y más auténtica con la población de condición de calle.

poca permanencia) por parte de promotores, promotoras, educadores, 'mairos',³⁰ etc.; reconocer que las mujeres (sobre todo adolescentes y jóvenes) están utilizando las tecnologías para entrar en el mundo de la explotación sexual y, desde luego, diseñar un programa de atención para ellas a través de esos mismos medios y otras formas tradicionales de contacto cara a cara.

Los programas de atención a esta población siguen siendo necesarios, pero en tanto las condiciones de exclusión social se mantengan sin cambios sustanciales, la posible disminución de esta población será apenas un deseo. Capacitar al personal que labora directamente con la población de calle es una condición necesaria, así como contratar nuevo personal, siendo deseable que se contrate a hablantes de lenguas indígenas.

La presencia de esta población, pero sobre todo la de niñas, niños y adolescentes, es un cuestionamiento serio a la misma sociedad que los genera. El trabajo preventivo en las comunidades y barrios de origen de esta población es indispensable. Y cada día que pasa uno de aquellos sin atención es una oportunidad perdida para su más sano desarrollo personal y social; en ese sentido, es una tragedia humana que no deberíamos obviar. ❧

³⁰ Es necesario también que este grupo de personas que entran en contacto directo con la población de calle se esté actualizando cotidianamente con relación a la población que atienden. Pero, al mismo tiempo, son quienes mejor pueden palpar las transformaciones que tiene este mundo. Es una verdadera pena que cada vez exista menos trabajo de calle por parte de profesionales de todas las ramas del conocimiento. Ahí tiene un espacio de oportunidad toda organización que desea impactar seriamente a esta población.

